

UNA ORACION EN LA CUMBRE

POR RUBEN LAS HAYAS

La nieve crujía bajo mis botas, dentro el agua me bullía entre los dedos y mis huellas iban quedando perfectamente marcadas tras de mí. Sin embargo aquellos días no había mucha nieve y la consistencia de ésta era relativa.

Ya justo debajo de la cumbre, me encontré con otros montañeros que de cara al abismo comentaban un accidente ocurrido no hacía mucho allí mismo. No puse atención a la narración de los hechos que uno de ellos hacía, pues toda mi atención se centraba en el Pico Tres Mares que tenía delante y que iba a ser «mi primer dos mil».

Seguí la marcha esta vez más rápido y con verdaderas ansias de llegar a la cima. Ya desde allí el paisaje era maravilloso, pero un sentimiento extraño me obligaba a continuar sin pararme, como queriendo reservarme toda aquella belleza para poderla gozar de un solo golpe y con más tranquilidad en la cumbre. Así que en pocos minutos me encontré arriba. El corazón me latía con fuerza. En una piedra casi vertical, unos esquis de hierro adosados a ella recordaban a un montañero muerto en accidente. En la parte más alta un cruz se erguía desafiando a los elementos.

Apoyado en una roca me dispuse a contemplar la mayor maravilla que hasta entonces había contemplado. El aire era de una transparencia asombrosa y permitía ver hasta unas distancias increíbles. El panorama que desde allí se contemplaba es indescriptible, y mi pobre pluma, es incapaz de transcribirlo aquí.

Recuerdo que junto a mí, otros montañeros iban reconociendo montes, que desde allí parecían que estaban al alcance de la mano. Curavacas, Espigüete, Picos de Europa... Y yo seguía con la vista hacia donde ellos señalaban. Era francamente feliz. Hubiera querido abarcar todo a la vez, por eso daba vueltas mirando en todas las direcciones, sin cansarme de admirar tanta belleza.

Vuelto hacia el macizo de Campoo, pensé por unos momentos en muchos de mis amigos que andarían entonces por estos montes que apenas llegan a los mil metros. Y en aquella altura, por un instante, un sentimiento de superioridad pareció apoderarse de mí. Ví en el fondo del valle, los pueblos envueltos en una bruma sucia y me imaginé a sus habitantes sumergidos en sus problemas, con sus miserias, sus envidias, sus codicias y sus lujurias. Y me alegré de poder estar allí en aquel silencio, por encima de todo aquello.

*Pico Tres Mares
(2.175 m.),
desde el refugio
del Club Alpino
Tres Mares.*

*(Foto Rubén
Las Hayas)*



Después quise dejar constancia de mi paso por la cima y me acerqué al buzón que estaba al pie de la cruz. Allí había unas frases grabadas en la chapa. Decían así:

*No creas que eres alto
al verte en la montaña;
ni pienses que estás solo
en esta soledad.
Si ante esta Cruz sencilla inclinas la cabeza
y al que murió en sus brazos
con unión y fe rezas.
Notarás que la Virgen con amor te acompaña...
y al mirarte a ti mismo
a esa Luz que no engañas
te sentirás pequeño.
¡Como eres en verdad!*

Cuando acabé de leerlo tenía un nudo en la garganta. Esta sencilla oración que ahora leo sobre mi mesa, me produjo entonces en aquella altura una gran sensación.

Sin firmar en el cuaderno que allí había, me incorporé. Un ligero soplo de aire que parecía subir del fondo del valle, me hizo tambalear en mi pedestal. Me sujeté a la cruz y de nuevo volví a contemplar el panorama. Todo me pareció entonces mayor. Aquellas grandes paredes de piedra me parecieron que se hubieran elevado y tomado unas proporciones inmensas. Se me presentaba ahora en su verdadera grandeza y yo en medio de todo aquello me sentí aplanado, pequeño, insignificante.

Todavía seguí un buen rato allí y poco a poco fui recobrando la calma, pues todo aquello me había producido un cierto desasosiego.

En medio de aquella grandiosidad se sentía el aliento de su Creador y me dí cuenta de que efectivamente no estábamos solos. Sentí una sensación de alegría al reconocerlo y entonces hubiera querido poder llevar hasta allí a tantos y tantos que niegan su existencia, sin saber que sólo hace falta subir a dos mil metros para comprobarlo.

Por fin decidí retornar. Me acerqué a los férreos esquis que sobresalían por encima de la roca, cruzados por sus bastones también del mismo metal y leí la placa que había a sus pies: Adolfo G. Castañeda Ruiz 7-IV-1963.

La nieve despedía reflejos aceitosos. Arriba ya no se veía la cruz. Pasé por donde meses antes perdiera la vida aquel montañero. Me paré. Luego seguí hacia abajo mientras de mis labios brotaba una oración: Padre nuestro que estás en los cielos...